

## CONTEXTO INTELECTUAL DE SURGIMIENTO DEL AMERICANISMO EN LA ARGENTINA (1845-1880)

Javier H. Natri\* y Bruno D. Catania\*\*

### RESUMEN

*El presente texto explora el trasfondo intelectual de surgimiento de las primeras investigaciones arqueológicas en la Argentina, el cual estuvo signado por la oposición sarmientina entre civilización y barbarie. El estudio del período 1845-1880 tiene como fin aportar elementos que permitan comprender los desarrollos interpretativos de la naciente arqueología, así como también ilustrar los distintos planos en los cuales tiene lugar la relación con el otro cultural: axiológico, praxeológico y epistémico. Junto con la desvalorización de las sociedades aborígenes implicada por la oposición mencionada hubo, por otra parte, posiciones alternativas, así como también es de destacar una concepción histórica dinámica del pasado indígena. Por último, se identificó también durante el período estudiado una articulación de las valorizaciones de los distintos grupos aborígenes con la competencia científica internacional mediante identificaciones puntuales de los investigadores con las sociedades estudiadas.*

Palabras clave: americanismo – axiología – ciencia – nacionalismo – racismo.

### ABSTRACT

*This text explores the intellectual background behind the start of the first archaeological investigations in Argentina; the Sarmientian opposition between civilization and barbarity underscored this. The study of the 1845-1880 period results in the establishment of markers that will permit an understanding of the interpretative developments within the nascent archaeology, at the same time as illustrating the different levels at which there was a relation with the cultural other: axiological, praxeological and epistemological. Alongside the devaluation of aboriginal societies due to the previously mentioned opposition, there were alternative positions, including*

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Maimónides. Universidad de Buenos Aires. Hidalgo 775 (1405), Buenos Aires. E-mail: nastri.javier@maimonides.edu

\*\* Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Moreno 350 (1091). E-mail: brunocatania@hotmail.com

*it should be highlighted a vision of a historical dynamism of the indigenous past. Finally, we can also identify in this period an engendering of value of the distinct aboriginal groups for the international scientific community mediated through the particular identifications by investigators with the studied societies.*

Keywords: *americanism – axiology – science – nationalism – racism.*

## INTRODUCCIÓN

Los comienzos del estudio de las sociedades aborígenes habitantes del territorio hoy reconocido como argentino fueron sincrónicos de la apropiación efectiva por parte del Estado nacional de los, hasta ese momento, territorios libres de la Patagonia, hacia fines de la década de 1870. Producto de la pluma del teórico mayor de la burguesía argentina (Viñas 2003:64), la fórmula sarmientina de “civilización o barbarie”<sup>1</sup> constituyó de esta manera la justificación moral de las mencionadas acciones emprendidas desde el Estado, las cuales coincidirían cronológicamente con los comienzos de los estudios dirigidos a documentar y comprender el fenómeno de la diversidad cultural humana en el ámbito del Cono Sur americano.

En las páginas que siguen se rastreará la presencia de la mencionada fórmula y de otras formas de valorización de las sociedades aborígenes americanas en la producción de los autores que abordaron temáticas arqueológicas y antropológicas con anterioridad a la incorporación de la Argentina en el contexto internacional del americanismo hacia fines de la década de 1870.

Para Todorov (1987), la relación con el otro se plantea en tres planos: el axiológico, el praxeológico y el epistémico, los cuales están inextricablemente ligados. El primero es el referido a los juicios de valor (el otro es bueno o malo); el segundo alude a la distancia a la cual el investigador se sitúa en relación con su objeto: las posibilidades van desde la sumisión del otro a la propia imagen (asimilación) a la adopción de los valores del otro, pasando por la neutralidad o indiferencia; por último, en el plano epistémico entra en juego la decisión de conocer o no al otro. Destaca Todorov que entre las opciones posibles en cada uno de los planos existen relaciones y afinidades, mas ninguna “implicación rigurosa”<sup>2</sup>. En las posiciones adoptadas por los precursores del americanismo es posible identificar expresiones de sentimiento, la búsqueda de conocimiento y la voluntad de conquista. A su vez, cada uno de estos planos contempla una gama de posibilidades entre los polos negativos y positivos, de modo que las combinaciones posibles son numerosas y su análisis resulta particularmente relevante en el contexto actual de resurgimiento de las identidades indígenas.

## LA MATRIZ SARMIENTINA

Sarmiento se habría inspirado en la postulación de una etapa civilizada que sigue a una de barbarie en la obra de Fourier (Zanneti y Pontieri 1980:388) y otros historiadores franceses que constituían frecuentes referencias en sus textos (Halperin Donghi 1996; Sarlo y Altamirano 1997:98-99). El antagonismo entre dos “razas”, una invasora y otra invadida, desplegado por historiadores románticos como Thierry, constituyó a su vez un punto de partida para el planteamiento de la antinomia entre campaña y ciudad en la historiografía francesa (Zanneti y Pontieri 1980:389) y que también organiza el relato del *Facundo* (Sarmiento 1874). Y efectivamente, como señala Halperin Donghi, la caracterización lapidaria de la barbarie no constituía en Sarmiento un rasgo iluminista, sino una operación romántica, dado que Sarmiento no presentaba a la barbarie como carencia de civilización sino como un mundo propio y original (Halperin Donghi 1996:23). Que para él no fuera “deseable” no quitaba el hecho de que lo concibiera como autónomo.

Por otra parte, este modelo romántico de historia que Sarmiento bebía de autores como Sismondi, Thierry o Fourier, y que se caracterizaba por una gran sensibilidad para la “captación

de complejos culturales”, tenía como contrapartida el sostén de argumentos muy pobres y simplificados para dar cuenta del desarrollo histórico: por ejemplo, la lucha de razas (Halperin Donghi 1996:23). Hacia la década de 1850, Sarmiento actualizó su ideario en relación con la ciencia positivista contemporánea, y allí puede observarse cómo se apoyó en causas naturales (el determinismo de la raza) para explicar el fracaso del proyecto nacional soñado por la generación del ‘37 (Zanetti y Pontieri 1980:382). La temática de las razas fue de esta manera un elemento que facilitó el pasaje del modelo de ensayo romántico al positivista<sup>3</sup>: siendo en el primero un elemento secundario, útil en la medida en que proporcionaba el apoyo sobre el cual desplegar la sensibilidad descriptiva; en el segundo pasó a ocupar el centro de la escena, dado el nuevo énfasis en la función explicativa de los abordajes científicos.

El surgimiento del racismo como teoría científica estuvo estrechamente asociado al desarrollo del capitalismo industrial y arraigado en el concepto de progreso unilineal e inevitable. De acuerdo con dicha teoría, se consideraba que razas biológicamente inferiores habrían quedado encerradas en el pasado, con un índice de progreso nulo, incluso cuando éste era, según los evolucionistas, inevitable (Harris 1979; Kuper 1989). El racismo postulaba que tanto las similitudes como las diferencias socioculturales entre los grupos humanos están determinadas por caracteres heredados biológicamente. No obstante, han sido la excepción los casos en los que se han explicitado correlaciones causales entre componentes biológicos y rasgos culturales específicos. Las correlaciones han sido en su gran mayoría de carácter general y basadas en el prejuicio, de modo que el papel de la causalidad racista reside principalmente en otorgar una explicación “científica”, por la apelación a la biología, aunque dicha explicación carece de desarrollo. En las oportunidades en que sí se ha desarrollado lo ha sido en un marco evolutivo, en el cual los casos de estudio sólo servían como pruebas del final de un proceso: ya sea la monogénesis o poligénesis, la degeneración, etcétera.

Quienes intentaron una operativización del concepto de raza fueron los antropólogos físicos desde la primera mitad del siglo XIX. En 1839 apareció *Crania Americana*, del médico norteamericano Samuel Morton, donde se presentaban mediciones de la capacidad craneana sobre una gran colección correspondiente a distintas poblaciones. Al año siguiente quedó establecida, por parte del investigador sueco Anders Retzius, una forma precisa de comparación, el índice cefálico, medida que se constituiría en la herramienta principal de la antropometría. Uno de sus cultores, Gould, encargado de las estadísticas antropométricas en las tropas yanquis que pelearon en la guerra de secesión, se establecería luego en la Argentina, donde conoció a Sarmiento (Monserrat 1993:14-17). La escuela racista continuó su desarrollo hasta el ataque final sobre su utilidad realizado por Boas en 1912 (Palerm 1977:11; Harris 1979:85). Éste, junto con sus discípulos, también refutó el evolucionismo, puntualmente el modelo de Morgan, a través de la presentación de numerosos casos etnográficos (Palerm 1977:12; Kuper 1989:35; Boas 1993). Pero hacia 1860, señala Harris, antropología y determinismo racial eran prácticamente sinónimos; la discusión se centraba en el hecho de si las razas inferiores eran o no capaces de mejorar (Harris 1979:87), lo cual tenía implicancias respecto del tema de la esclavitud y el origen del hombre. Es el momento en que Tylor publica sus obras con base en la teoría de la evolución (Palerm 1982). Señala Charles Morazé (1965:300) que “desde 1870 de uno a otro extremo de Europa, tener espíritu científico, ser positivo, equivaldrá a unirse al evolucionismo”. Este contexto de discusión se producía a nivel general a partir de varias coyunturas particulares: la Guerra Civil en Estados Unidos, el desarrollo del Imperio Británico en la India, la colonización de África, los movimientos nacionalistas en Europa, la Revolución Industrial en Inglaterra, la construcción del Estado-Nación Alemán, entre otros (Palerm 1974; 1982). “¿Nacían los hombres libres e iguales, tal como proclamaban la biblia y la constitución o Dios había creado diversas especies de hombres con destinos distintos?” (Kuper 1989:26).

Ese fue también el momento en el cual en Europa se operó la transición entre la idea de raza-nación del romanticismo a la de raza-sangre del biologicismo (Palerm 1982; Terán 2000:155). Esta

última, junto con la insatisfacción respecto de la versión bíblica de la historia y la restauración de la confianza iluminista en el progreso, constituyeron los tres elementos principales de la atmósfera intelectual de la época que prepararían el escenario para el éxito de obras como las de Spencer, Lyell y Darwin (Harris 1979; Palerm 1982; Kuper 1989). En la Argentina, estas dos versiones del evolucionismo recién aparecieron en el debate intelectual a mediados de la década de 1870 (Montserrat 1993). Sarmiento, por ejemplo, declara sobre la obra de Darwin: “yo, señores, adhiero a la doctrina de la evolución más generalizada, como procedimiento del espíritu, porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma” (Sarmiento 1899:104). Con anterioridad a esta fecha el romanticismo criollo se manifestaba en dos tendencias para la comprensión de la realidad: en su versión naturalista destacaba la determinación del medio físico en la conformación psicológica de un pueblo; en su variante social, en cambio, apelaba a leyes históricas que regían el desenvolvimiento de la humanidad (García Orza 1980:344). De lo primero, vale como muestra el título del primer capítulo del *Facundo* (Sarmiento 1874): “Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra”; o la propuesta de Alberdi de implantar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, etcétera; de lo segundo es testimonio la convicción alberdiana acerca de la existencia de “una ley de la evolución histórica que rige el desarrollo de la humanidad, pero adquiere una expresión propia de acuerdo con el tiempo y el espacio propio de cada nacionalidad” (García Orza 1980:348).

El estudio de los principios de la evolución histórica y del carácter de ellos mismos de acuerdo con la realidad nacional particular eran las dos misiones que quedaban para los intelectuales. Dado que de lo primero se habían ya ocupado suficientemente los estudiosos europeos, quedaba para los nativos el abordaje de la segunda cuestión. Es notable el hecho de que Alberdi expusiera de este modo el carácter de construcción de la nacionalidad por parte de los investigadores. Construcción a partir de la búsqueda de lo esencialmente argentino sí, pero que si debía buscarse con tantos riesgos de equivocarse es porque se estaba lejos de una férrea determinación, como era el caso de la biología en relación con el concepto de raza. El valor de este término aparecía, así, con un contenido ambiguo: “Junto con el clima, concurren a producir este estado de cosas, la educación tradicional del pueblo español de raza infelícísima para servir a las necesidades de la industria” (Alberdi 1854:98).

Luego, del hombre americano decía que:

es pobre la más de las veces porque es vago y holgazán; y no es holgazán por falta de trabajo sino por sobra de alimentos. Educado en la desnudez y privación de ciertas comodidades, no sufre por ello físicamente gracias a la clemencia del clima. Tiene que comer y gusta naturalmente del *dolce far niente* (Alberdi 1854:98).

La implantación de grandes contingentes de inmigrantes modificaría esta situación en tan sólo una década, y diluiría el “componente nativo, inmodificable” en la marea del nuevo compuesto poblacional. De modo que, si bien el determinismo racial no se desplegó en la generación del '37 con la misma importancia que en sus sucesores positivistas, en relación con los aborígenes la postura era clara: para Alberdi, “el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil. Nosotros, los que nos llamamos Americanos, no somos otra cosa que Europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera” (Alberdi 1856:36).

Mientras que para Sarmiento “Las razas fuertes exterminan a los débiles, los pueblos civilizados suplantando en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial y útil, sublime y grande” (Sarmiento 1948:218). Esta afirmación no le impedirá adjudicar a la persistencia de la raza aborigen la razón del aparente fracaso en su proyecto nacional. El personalismo sobre el cual se apoyaba un sector oligárquico habría tenido origen en la sangre aborigen que aún corría mayoritariamente por las venas de las masas.

## PRIMEROS ENSAYOS AMERICANISTAS

La obra de otro miembro de la generación del '37, Vicente Fidel López, constituye un antecedente más directo del surgimiento de los estudios americanistas en Argentina. De regreso de su segundo destierro, ya dedicado por entero a la labor literaria y académica, publicó en París, en colaboración con Gastón Máspero, *Les Races aryennes du Pérou* (López 1871). Este libro presentaba osadas tesis acerca de antiguas conexiones entre el viejo y el nuevo<sup>4</sup> mundo que provocaron la reacción de especialistas europeos como Von Tschudi (Von Tschudi y López 1878), en quien se perfilaba ya el mayor compromiso con la rigurosidad histórica (Kaulicke 2002-03) aportado por el positivismo. No obstante, obras como las de López dieron el impulso a Samuel Lafone Quevedo para abordar la temática etnológica (Lafone Quevedo 1888:6). López fue responsable de la primera edición española de las “Memorias Antiguas Historiales del Perú” de Montesinos en *La Revista de Buenos Aires* entre los años 1869 y 1870 (Hilthunen 1999), fuente central para la construcción e interpretación histórica por parte de los primeros americanistas abocados a los estudios calchaquies (Nastri 2004).

En la polémica entre Vicente Fidel López y Johan von Tschudi, así también como las establecidas por diferentes estudiosos peruanos con este último, pueden apreciarse los conflictos de valores que asomaban en los investigadores del pasado americano en los inicios de la americanística. Von Tschudi reaccionaba contra la, a su juicio, exagerada admiración de López por los conocimientos médicos de los incas, que en modo alguno podían considerarse para él como superiores a la sabiduría acumulada en la Europa medieval (Von Tschudi y López 1878:3-4). Kaulicke señala que la crítica contra la glorificación injustificada de los incas es uno de los hilos conductores de la producción etnológica de Von Tschudi (Kaulicke 2002-03:79); y, como advirtiera López, implicaba una revalorización de los pueblos preincaicos, lo cual, sumado a la negación de los vínculos entre América y las civilizaciones antiguas del viejo mundo conduciría, según el futuro ministro de Pellegrini, a la noción “contrafáctica” de que

América ha sido bien superior en inteligencia a Europa. Pues Europa debe todo lo que es a la iniciación y a las tradiciones asiáticas, mientras que según mis críticos, la civilización sudamericana habría creado todo ella misma; sus obras prodigiosas, sus artes, sus grandes obras de matemáticas aplicadas, sus cálculos astronómicos, su gobierno tan bien establecido y tan altamente administrativo, su cultura, su tolerancia religiosa (Von Tschudi y López 1878: 25).

De esta manera, la competencia científica entre europeos y americanos era prácticamente indisoluble de los contrastes entre el pasado de las poblaciones de uno y otro continente. López afirmaba su orgullo americano, pero los argumentos que empleaba para ensalzar a la América autóctona se basaban en los supuestos lazos ancestrales de ésta con la fuente de la civilización europea.

La figura del otro padre fundador de la historiografía nacional, Mitre, tuvo también un gran protagonismo en los inicios de la empresa americanista en la Argentina. Publicó un libro sobre las ruinas de Tiahuanaco (Mitre 1954), a las cuales conoció personalmente en una fugaz visita en 1848, cuando partía exiliado de Bolivia tras un año de permanencia y activa participación política en La Paz. Las pocas horas que dispuso como “prisionero de Estado” para visitar las ruinas le bastaron para convencerse de la mayor antigüedad de éstas respecto de las propias de los pobladores que encontraron los conquistadores al arribar al Perú. Basaba su juicio en el carácter “primitivo y severo” de los restos arquitectónicos, además, en algunas referencias de los cronistas y autores previos, como Castelnau y D’Orbigny (Mitre 1954:103, 110). No obstante, debe notarse que, si bien sus apuntes de viaje datan del año 1848, el libro fue publicado en 1879, con posterioridad a aportes tales como los de Rivero y Von Tschudi (1943). Mitre pudo dar con las dos grandes estatuas

humanas de carácter antropomorfo que mencionara el cronista Cieza de León. Estaban en el pueblo moderno de Tiahuanaco, no muy lejos de las ruinas. El contraste entre el naturalismo de estas dos figuras y los hieráticos monolitos de las ruinas condujo a Mitre a desarrollar la hipótesis de que correspondían a dos épocas distintas. Basándose en la observación superficial del desgaste de las rocas, el autor asignó una mayor antigüedad a las estatuas humanas, y considerando superior el arte naturalista al hierático concluyó así que en Tiahuanaco se habría dado un proceso de involución o retroceso cultural (Mitre 1954:187-188). La causa de este retroceso habría residido en la invasión de un pueblo guerrero que impuso “el culto primitivo y severo de los ídolos geométricos y edificó su templo sobre los escombros del antiguo culto” (Mitre 1954:190).

En sintonía con las características de su producción historiográfica (Pontieri 1980; Devoto 2002:13; Myers 2004:67), Mitre se destaca en esta breve y ocasional contribución arqueológica por la búsqueda de medios de “comprobación” (el desgaste diferencial de los monumentos) de las hipótesis planteadas, las cuales contemplaban la cuestión del cambio a lo largo del tiempo. No obstante, los distintos elementos de juicio desplegados (teñidos de una clara noción degeneracionista<sup>5</sup> en la visión del cambio cultural en el tiempo), en definitiva, resultaban de poca importancia frente a la siguiente convicción:

La crítica nos enseña que las tribus salvajes de la América, lo mismo que sus naciones relativamente más adelantadas, no poseían en su organización física, ni en su cerebro, ni en los instrumentos auxiliares que mejoran y perfeccionan la condición humana, los elementos creadores, regeneradores, eternamente fecundos y eternamente progresivos y perfectibles, que caracterizan las sociedades o las civilizaciones destinadas a vivir y perpetuarse en el tiempo y el espacio.

Por eso las dos civilizaciones de Tiahuanaco estaban fatalmente destinadas a morir por esterilidad, cualquiera que fuese el orden cronológico en que se sucedieran (Mitre 1954:191).

Los párrafos que tratan la cuestión de la “secuencia” son un tanto contradictorios. Bien puede ser el caso de que se hubiera deslizado un error cuando, en primer lugar, se invierte el orden de los estilos (Mitre 1954:186), pero aun así esto sugiere que la cuestión era en definitiva intrascendente frente a la idea de la inevitable “esterilidad” aborígen. De esta manera, los últimos capítulos del libro se dedicaron a la caracterización de la barbarie americana, a partir de la afirmación de la existencia de ciclos periódicos de descomposición, muestra de una inferioridad *congénita* que sólo pudo superarse mediante la “inoculación de la sangre y la civilización europea” (Mitre 1954:198).

El profundo sentimiento desvalorizador que abrigaba Mitre en relación con los aborígenes americanos lo condujo a centrar el interés en las lenguas pues, a excepción de casos espectaculares como el de Tiahuanaco, los pueblos aborígenes no sólo no tenían historia (por lo tanto, “sólo la geografía y etnología puede aplicárseles”) en su visión, sino tampoco arte, ciencias, religión ni monumentos. Entonces, la lengua constituía la clave para la determinación de “las diferentes razas y naciones [...] ubicándolas en el terreno que ocupaban al tiempo del descubrimiento” (Márquez Miranda 1954:91, 1956). En Mitre se evidencia así una conciencia acerca de las vías efectivas para la recuperación objetiva del pasado aborígen junto con la noción de que, fuera cual fuera la trayectoria de dicho pasado, en nada cambiaría la visión acerca de las cualidades negativas de los nativos americanos. A partir de la valorización negativa de las sociedades originarias, sólo cabía su asimilación, y en este contexto, su conocimiento, aunque factible al menos en ciertos casos, se revelaba superfluo. Años después, Mitre asumiría el papel de corrector de las representaciones del pasado generadas por autores que manifestaban su simpatía por los indígenas y que, en consecuencia, se distanciaban de las posturas asimilacionistas más autocomplacientes. El ex presidente opinaba así, por ejemplo, que al manuscrito de Calchaquí (Quiroga 1992): “siendo un trabajo serio de investigación y crítica, le perjudica cierta forma poética o imaginativa, que podría extraviar el juicio del lector” (Mitre en Quiroga 1992:4)<sup>6</sup>.

Cabe destacar, no obstante, que las elecciones particulares de Mitre en los planos axiológico, praxeológico y epistémico no implicaron obstáculo alguno para el planteamiento de una propuesta con sentido temporal en torno a invasiones de pueblos que en los años siguientes también estará presente en el desarrollo de los estudios calchaqués (Nastri 2004, 2010b).

## LAS VÍSPERAS: LITERATURA, MUSEOS Y CAMPO CIENTÍFICO

El relato autobiográfico de Lucio V. Mansilla ([1870] 1967) entre los ranqueles, guiado en cambio por la noción de “civilización clemente”<sup>7</sup> (Lázzari 1996), implicaba una alternativa a las posturas desvalorizadoras del mundo aborígen<sup>8</sup>. No obstante las coincidencias en algunos juicios críticos hacia la política estatal respecto de los aborígenes que se observarán en la primera producción de algunos autores americanistas, como veremos más adelante, no se verifica conexión explícita alguna del discurso de estos con el del coronel, el cual por otra parte correspondía al ámbito literario antes que al científico. Ámbito literario en el que durante la misma década de 1870, el *Martín Fierro* (Hernández 1962) presentaba primero una idealización del mundo aborígen, y luego, siete años después, el gaucho marginal y rebelde se revelaba dispuesto a la integración al proyecto histórico liberal (Viñas 2003:169). De esta manera, los primeros momentos del americanismo en la Argentina fueron coincidentes con la comprensión por parte de la *intelligentsia* de que “el Estado tenía necesidad de una población homogénea, letrada, asimilada sobre todo desde un punto de vista cultural” (Svampa 1994)<sup>9</sup>. La clave de la educación residía en la difusión de conocimientos científicos<sup>10</sup>, cuya producción requería de instituciones específicas: observatorios, laboratorios, museos, sociedades científicas.

A poco de fundadas la Sociedad Científica Argentina y la Academia de Ciencias de Córdoba, a comienzos de la década de 1870<sup>11</sup>, se creó un museo en el interior de la primera; en 1878, la provincia de Buenos Aires organizó un Museo Antropológico y Arqueológico; un año más tarde se creó el Instituto Geográfico Argentino, y en 1881, el antiguo Museo Público de Buenos Aires se revitalizó como Museo Nacional (Podgorny 2000:29). En 1888, con la fundación del Museo de Ciencias Naturales en la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, se multiplicaron las investigaciones y se comenzaron a difundir detalladamente sus resultados sobre una audiencia más amplia. Germán Burmeister (1807-1892), Francisco P. Moreno (1852-1919) y Florentino Ameghino (1854?-1911) se cuentan entre los principales protagonistas de la historia de estas instituciones. El geólogo alemán dirigía el Museo Público de la Provincia (nacionalizado luego de la federalización) desde 1862, tras la realización de su viaje por las provincias argentinas, durante el cual se topó con estelas de piedra arqueológicas que supuso del tiempo de los incas (Burmeister 1873). Posteriormente, su relación con problemáticas arqueológicas estuvo dada por la comunicación a publicaciones alemanas de los hallazgos realizados en la Argentina y por el apoyo a la actividad de Moreno. Este último, integrante del selecto grupo de cultores de la ciencia en el marco de la alta sociedad porteña, asumió la dirección del Museo de la Sociedad Científica Argentina en 1875. Dos años más tarde donó sus colecciones al gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y obtuvo de éste el compromiso de fundar un nuevo museo y nombrar al donante como director. En 1878 comenzó a funcionar el Museo Arqueológico y Antropológico de la Provincia, en el cuarto piso del antiguo Teatro Colón<sup>12</sup>; el mismo año en que un subreceptor de Mercedes entregado desde joven a la recolección de fósiles en las barrancas del río Luján, Florentino Ameghino, viajaba a Europa para participar de la Sección Paleontológica Argentina en la Exposición Universal de París<sup>13</sup>. Allí vendió sus colecciones y encontró editor para su obra *La antigüedad del hombre en el Plata* (Ameghino 1881), además de participar del Congreso Internacional de Americanistas de Bruselas (Márquez Miranda 1951:46), donde presentó un trabajo sobre el arte rupestre de la República Argentina, centrado en la interpretación de los hallazgos arqueológicos realizados por Liberani y Hernández (1950) en el yacimiento de Loma Rica de Shiquimil, en la provincia de

Catamarca. Esta expedición, originada en una exploración previa con propósitos paleontológicos organizada desde el Colegio Nacional de Tucumán en 1876, es considerada el puntapié inicial de la arqueología del noroeste argentino (Fernández 1982).

Efectivamente, pese a que los resultados de la mencionada expedición no fueron publicados hasta mediados del siglo XX (Liberani y Hernández 1950), tanto Burmeister como Ameghino tuvieron acceso al álbum original y comentaron extensamente las implicancias de los hallazgos, en la revista de la Sociedad Berlinesa de Antropología (Burmeister 1877) y en el Congreso Internacional de Americanistas de Bruselas (Ameghino 1880) respectivamente, con lo cual la arqueología argentina pasaba a ser reconocida en el contexto científico internacional.

Burmeister asociaba correctamente los hallazgos en la Loma Rica a los calchaquíes, una “nación heroica” que había resistido durante más de un siglo a los conquistadores españoles. En relación con los petroglifos, dejaba asentada su oposición a la creencia de que se trataba de inscripciones jeroglíficas, dada la heterogeneidad y posición irregular de los signos (Burmeister 1877:357). En cambio, Ameghino, si bien rechazaba la hipótesis de Liberani acerca de que los signos rupestres eran del tipo jeroglífico egipcio, afirmaba que corresponderían a algún tipo de escritura, más o menos avanzado. Apelaba a informaciones sobre arte rupestre de todo el continente y a noticias históricas sobre métodos aborígenes de conservación de información. Propuso así un contraste entre la escritura de signos, originaria del sur, y la de quipus, originaria del Norte. La lucha entre las correspondientes civilizaciones había culminado con la victoria del “pueblo de los quipus”. Ameghino se valía así de los hallazgos de Liberani para refutar la creencia de que antes de los incas no se habían desarrollado civilizaciones “avanzadas” en el actual territorio argentino. Planteó entonces claramente la cuestión de la dominación incaica del noroeste argentino pocos siglos antes de la irrupción española. Vinculaba a los calchaquíes con la civilización preincaica con eje en Tiahuanaco (Ameghino 1880:725).

Ameghino citaba el pasaje de Garcilaso de la Vega en el cual se mencionaba una embajada de los caciques del Tucma para ofrecerse como vasallos del Inca (Ameghino 1880:726). Apoyándose también en Montesinos, postulaba luego una invasión más antigua (200 a.C.), en sentido inverso, de los pueblos del sur sobre el centro de Tiahuanaco y los Andes centrales. Finalmente, relacionó estos datos de las crónicas con observaciones arqueológicas de antropología física sobre las colecciones de Moreno, para proponer la siguiente secuencia: 1) pueblos ignorantes de los metales y contemporáneos de la fauna extinta; 2) raza dolicocefala exagerada que conocía los metales y era experta ceramista; 3) calchaquíes, de lengua aymará y caracterizados por una braquicefalia exagerada; 4) incas (Ameghino 1880:731). Resulta interesante notar que, sobre la base de un conjunto de hipótesis y suposiciones muy aventuradas, Ameghino estableció con muy escasos datos una secuencia que se ajusta en términos generales a lo que se sabe hoy en día a partir de un enorme cúmulo de observaciones y evaluaciones regionales pormenorizadas centradas en el precioso recurso de los fechados radiométricos (Nastri 2004:96). La idea de la profundidad temporal del pasado precolombino y los cambios acaecidos en esa época eran naturalmente compatibles con el pensamiento transformista del autodidacta mercedino, pero su sustento empírico integraba inextricablemente fuentes históricas y de cultura material aborígen:

Los primeros españoles que penetraron en el país constataron en efecto que los calchaquíes tenían las trazas de una civilización perdida, y aún parece que muchos de los edificios antiguos que se encuentran en esos valles, estaban ya en ruinas en la época de la conquista. Tampoco los pobladores actuales de la comarca conservan tradiciones auténticas de que las ruinas de Loma Rica hayan estado pobladas en los primeros años de la colonización y las ruinas de poblaciones que por ahí se encuentran lo mismo que los objetos que contienen son de un estilo diferente de los del arte peruano. Las urnas y demás objetos de barro están adornados de dibujos de un estilo diferente de los que adornan los objetos de barro quichuas. Todas esas figuras y signos son verdaderos símbolos y geroglíficos [sic], y bien que algunos pretenden,

no son más que diseños rudimentarios sin significación alguna, esto sólo prueba que los que tal opinión han emitido, no están mui[sic] al corriente de los trabajos recientes sobre las civilizaciones antiguas que se han sucedido en ambas Américas (Ameghino 1880:732).

Similares opiniones volcó en su gran obra *La antigüedad del hombre en el Plata*, la cual editó primero en francés, en ocasión de su estancia europea<sup>14</sup>. Ameghino proporcionaba allí la primera construcción histórica de larga duración del pasado precolombino. La trama, articulada sobre fuentes históricas y arqueológicas, involucraba la misma precomprensión de la acción esbozada en las contribuciones contemporáneas de Leguizamón y de Pringles sobre las ruinas salteñas de El Pucará (Leguizamón 1876; Pringles 1876; Natri 2004:92-94): una sucesión de conquistas e invasiones. El elemento novedoso estaba dado por la tesis de un antiguo desarrollo cultural autóctono, con sociedades en condiciones de enfrentar de igual a igual a otros pueblos poderosos:

[...] estamos muy lejos de participar de la opinión general que considera a los quichuas como los importadores de los primeros rudimentos de civilización en nuestro suelo.

El suelo argentino dio origen a una civilización propia, que data de una antigüedad y que difería de la de los incas.

Los quichuas no fueron civilizadores, sino conquistadores y legisladores que trataban de uniformarlo todo. (Ameghino 1881:385).

[...] es preciso admitir en esas regiones la existencia de un pueblo al que no le eran desconocidos los principios de la civilización, y que estaba muy lejos del estado de barbarie que en el afán de ensalzar a los incas le atribuye injustamente el mismo Garcilazo (Ameghino 1881:388).

Antes de nuestra era, el Sud, el Collau y el país de Tucma, en la República Argentina, son también puntos de donde salen emigraciones y ejércitos numerosos que invaden el Perú y en muchos casos llevan la civilización a lejanas regiones (Ameghino 1881:389).

Considerando el antecedente de la polémica entre Von Tschudi y V. F. López, no puede soslayarse una posible identificación de Ameghino con el heroísmo de los pueblos precolombinos locales en una analogía con su introducción personal en los congresos de americanistas, por entonces mayoritariamente integrados por especialistas europeos<sup>15</sup>.

Al año siguiente de la edición del libro de Ameghino vio la luz en Buenos Aires la *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*. La primera parte, histórica, a cargo de Paul Groussac, daba cuenta de la asimilación calchaquí de la cultura incaica, ya que identificaba, por ejemplo, a las ruinas de Quilmes como un testimonio de esta antigua civilización. Groussac refutaba convincentemente la hipótesis de la escritura jeroglífica calchaquí, pero proponía una explicación quizá más inverosímil: que los signos inscriptos en las rocas eran “derroteros de minas dejados por los jesuitas” (Groussac 1882:32). Esta obra de Groussac impulsó a Lafone Quevedo a publicar sus trabajos, a modo de réplica frente a lo que consideraba groseras inexactitudes (Lafone Quevedo 1888:VII), pues ese mismo año había tenido la oportunidad de visitar en Buenos Aires la biblioteca de Andrés Lamas y de tomar contacto con la *Historia de la Compañía de Jesús* y el *Gran Chaco Gualamba*, ambas obras del padre Pedro Lozano, quien ya lo había deslumbrado casi una década antes con su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*<sup>16</sup>. Comenzó entonces Lafone Quevedo a indagar acerca del pasado indígena sobre distintas líneas de investigación: visitó ruinas, copió documentos en poder de familias, compró objetos y documentó petroglifos. En 1883 comenzaron a publicarse en *La Nación* sus *Cartas*, en las cuales describía las costumbres de los lugareños, ruinas y objetos arqueológicos, e interpretaba los textos de los

cronistas de la conquista. Plasmaba así pequeños ensayos en los cuales comentaba básicamente la obra de Lozano con referencia a lugares y sucesos históricos; añadiendo anécdotas, leyendas y cualquier otro dato de interés. Dejaba para el futuro la redacción de una historia de la región y se ocupaba mayormente de cuestiones de filología y toponimia. En lo que respecta a la arqueología, cabe destacar la seguridad de su creencia en la dominación incaica del noroeste argentino (algo que luego sería objeto de debates), así también como acerca del modo particular (elástico, incompleto, etc.) que ésta pudo haber tenido (Lafone Quevedo 1888:22-23). Su posición ideológica era de cierta reivindicación del aborigen. Siendo sumamente crítico con la política nacional, rescataba la acción colonizadora, en consonancia con su fe católica.

En nuestros días no se ha necesitado cien años para dar cuenta de centenares de Indios Pampas, advirtiendo que nosotros en este siglo de libertad y de ilustración hemos separado padres de hijos, y nos hemos olvidado de que los caciques son los gobernadores de esos pobres infelices y por lo tanto acreedores á alguna consideración [...] Se nombró algún Protector de indios para los pobres Pampas que fueron destinados á la esclavitud en los ingenios de Tucumán? Se ha averiguado cuál ha sido la suerte de estos desgraciados cautivos? *Estas serán las preguntas que hará la posteridad á nuestra época* (Lafone Quevedo 1888:18, el destacado es nuestro).

Sin duda, estaba en lo cierto Lafone sobre este último punto. Ese momento ha llegado y la experiencia de la segunda mitad del siglo XIX acerca de las concepciones relativas a la relación con el otro cultural resulta particularmente relevante en el contexto actual de resurgimiento de las identidades indígenas (Nastri 2010a).

## CONCLUSIONES

En las décadas previas a los inicios de los estudios arqueológicos en la Argentina cabe destacar la presencia de un modelo histórico de sucesión de sociedades que luchan por imponerse, la posesión de un mayor “grado de civilización” constituye la carta del triunfo. En relación con esta concepción, se establecía entonces una jerarquía entre las sociedades indígenas, en función de su mayor o menor grado de similitud con la sociedad moderna. Esta noción valorizante (plano axiológico) se articulaba implícita o explícitamente con propuestas asimilacionistas en el plano praxeológico (Todorov 1987), a la vez que se manifestaba cierta indiferencia en relación con la necesidad de estudio (plano epistémico) de las sociedades aborígenes. Junto con una valorización por lo general negativa de éstas, el mencionado modelo histórico implicaba, por otra parte, una concepción dinámica del pasado, con numerosos cambios a lo largo de extensos períodos, producto del resultado de las luchas entre los distintos grupos identificados en las fuentes históricas y arqueológicas. De esta manera, si bien los primeros americanistas no pudieron establecer claramente una secuencia temporal, sus hipótesis siempre se inclinaban por el planteamiento de largas secuencias de cambio cultural en el tiempo (Nastri 2004). Es así notorio el contraste con el planteamiento erróneo que se impondría décadas más tarde en la arqueología del NOA merced a la influencia de Boman, y que sostenía una escasa antigüedad de la ocupación aborigen en el noroeste (González 1993).

Una noción alternativa a la de la oposición civilización o barbarie fue la de “civilización clemente” desarrollada por Mansilla en la década de 1870 y que encontraría continuación en Lafone en la década siguiente, así también como luego en el Ambrosetti que firmara con el seudónimo de Tomás Bathata (Ambrosetti [1893] 1963) y en Adán Quiroga (1894). El caso del naturalista Pedro B. Scalabrini, colaborador de Ameghino y maestro de Ambrosetti, es de destacar en lo que respecta a su énfasis en la necesidad de nutrirse de la sabiduría indígena (Scalabrini 1900), dado

que manifiesta la mayor afinidad de una valorización positiva de los aborígenes con la disposición a su estudio, e incluso con la posibilidad de asimilarse a estos antes que procurar su sometimiento y la destrucción de su cultura.

Lo anterior se vincula estrechamente con un tercer elemento identificado a lo largo del período analizado: la inclusión de la valorización de las sociedades estudiadas en la competencia entre los estudiosos, a partir del establecimiento de relaciones de identificación con ellos. Esto queda de manifiesto en los argumentos esgrimidos por López y Von Tschudi y más tarde por Ameghino<sup>18</sup>.

Luego, al momento de la construcción efectiva de secuencias cronológicas, a partir de la primera década del nuevo siglo, la oposición entre civilizados y bárbaros se volvió el elemento explicativo fundamental (Nastri 2010:118). Podgorny ilustra acerca de la aplicación defectuosa o incompleta de los nuevos métodos de trabajo arqueológicos desarrollados en Europa y derivados de la práctica de los ingenieros, para el caso de Ambrosetti en Pampa Grande (Podgorny 2008); y lo mismo puede decirse de la acción del fundador del Museo Etnográfico en La Paya, donde emuló sólo la primera etapa del método de seriación de Petrie: la del inventario de las tumbas excavadas (Nastri 2010b:112). Los investigadores se apoyaron entonces más en la comparación de las características de los materiales que en sus asociaciones diferenciales en las tumbas o su superposición en los cementerios (Haber 1999). Al igual que en la década de 1890 (Nastri 2004), dicha comparación se desarrolló en términos de la oposición civilizado/bárbaro (Nastri 2010b).

En el contexto presente de resurgimiento de las identidades aborígenes (Nastri 2011), la arqueología vuelve a verse involucrada fuertemente en cuestiones valorativas en relación con los pueblos originarios, a la vez que debe dar respuesta por las acciones y conocimientos generados por los investigadores del pasado. La discriminación de posturas, la caracterización y explicación de ellas son vías para orientar productivamente el diálogo intercultural hacia una efectiva protección y ampliación de los derechos humanos, incluyendo en estos la preservación del patrimonio cultural. La decisión de estudiar los restos del pasado aborígen, la valorización de las antiguas sociedades y la actitud en relación con la *occidentalización del mundo* (Latouche 1996) iniciada siglos atrás, constituyen tres aspectos que conviene discriminar a los fines de considerar la amplia gama de posibilidades existentes en lo que tiene que ver con la relación entre culturas. En el momento inmediatamente previo a los inicios de la arqueología en la Argentina la ideología de la elite dominante valorizaba negativamente al aborígen, lo cual implicaba una voluntad de asimilación del mismo por parte de la sociedad moderna. Al mismo tiempo, existía una disposición ampliamente favorable tanto del gobierno como de la sociedad al desarrollo del conocimiento en general. Esta última disposición—evidente en la promoción de nuevas instituciones y la contratación de especialistas extranjeros—posibilitó el desarrollo de posturas alternativas en lo que respecta a la valorización de las sociedades aborígenes, así también como el planteamiento de críticas a la política asimilacionista. No obstante, la creencia en el inevitable éxito de ésta no pudo más que reforzar la valorización negativa de las sociedades aborígenes, hecho que puede explicar que los mismos estudiosos del pasado reintrodujeran luego la oposición civilizado/bárbaro en sus interpretaciones<sup>19</sup>.

En comparación con el panorama del siglo XIX, en la actualidad ganan adherentes posiciones orientadas hacia los polos contrarios a los vigentes entonces en los tres planos de las relaciones interculturales: en el plano axiológico, la revalorización de identidades y filosofías aborígenes; en el plano praxeológico, el reconocimiento de la sociedad nacional como pluricultural; en el plano epistémico, la instauración de límites éticos sobre la manipulación de sujetos para fines científicos. El repaso por el contexto intelectual de surgimiento del americanismo tuvo como objeto actualizar experiencias relevantes en nuestro medio acerca de la relación entre las culturas, que pueden ser de utilidad para el establecimiento de un diálogo en términos de igualdad y respeto. La discriminación de los distintos planos de dicha relación y la exploración crítica del espectro de posiciones posibles en cada plano se revela como una vía promisoría para conjurar los errores

del pasado y prevenir la tentación reduccionista de una mera inversión de la polaridad simbólica de los valores vigentes en la época analizada en este texto.

Fecha de recepción: 10/12/2010

Fecha de aceptación: 20/08/2011

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Así como también la noción que veía la expedición militar al sur como culminación de la conquista de América (Viñas 2003:61).
- <sup>2</sup> Todorov señala, por ejemplo, en relación con el siglo XVI americano: “Las Casas conoce a los indios menos bien que Cortez, y los quiere más; pero los dos se encuentran en su política común de asimilación. El conocimiento no implica el amor, ni a la inversa; y ninguno de los dos implica por la identificación con el otro, ni es implicado por ella. Conquistar, amar y conocer son comportamientos autónomos y, en cierta forma, elementales” (Todorov 1987:195).
- <sup>3</sup> Entendiendo aquí por positivismo no “un sistema o una escuela filosófica determinada, sino una cultura, cultura intelectual más bien ecléctica, aunque, globalmente, de espíritu más spenceriano que comteano”. Para esta cultura, la ciencia era el recurso principal con el cual abordar el estudio de la realidad, y el modelo de ciencia era aquel de las ciencias naturales (Altamirano 2004:36-37). Politis y Pérez Gollán se refieren a lo mismo apelando al concepto de “variante cientista” del positivismo (Politis y Pérez Gollán 2004:355).
- <sup>4</sup> Los incas eran, para V. F. López, descendientes de la “raza aria primordial”, con lo cual “los americanos pasaban a estar situados en el lugar más alto de la escala de jerarquización de los pueblos” (Díaz Andreu 1999:168).
- <sup>5</sup> Esta noción suponía que los pueblos primitivos representaban grupos que se habían alejado del centro del mundo (Europa y el Cercano Oriente), y que habían degenerado desde un alto nivel de civilización a uno más bajo (Gosden 1999:24). En términos más generales, el concepto hace referencia a la visión de cualquier trayectoria histórica en términos de “declive” (Adams 2003:93). Este último sería el sentido presente en la concepción de Mitre.
- <sup>6</sup> Y si bien Quiroga sostenía respecto de su versión editada: “En todo lo que escribo ahora V. verá suprimido todo lo literario y verá en el estilo dominar el carácter sajón [...]” (Quiroga en Vignati 1958), lo cierto es que antes había expresado contundentemente que: “Errados, más que errados, van los que imaginan, entonces, que la leyenda es fantasía pura, y que siempre la fantasía y la verdad histórica se repudian. Cuando en las eras prehistóricas una débil luz ilumina los grandes acontecimientos; cuando la hilación de los sucesos desconocidos se pierde; cuando se borran hasta las inscripciones de las tumbas, y el tiempo derrumba y amontona en un solo escombros templos, y estatuas, y dioses, ó triunfos, las grandes catástrofes, convirtiéndose en epopeya lo que era historia heroica, el cronista juega un rol secundario, para dejar el campo al poeta, que con un solo golpe de vista hace la claridad en la conciencia de los hechos pasados. La misión del poeta no es, entonces, como muchos piensan, introducir la confusión á la historia, que, librada a sus propios elementos de investigación en los tiempos que se han llevado hasta el recuerdo, nada puede por sí sola. Los cantos de la epopeya tienen, forzosamente, que llenar sus capítulos en blanco” (Quiroga 1894:187-188).  
En otra coincidencia con la temprana arqueología norteamericana (Nastri 2010b), cabe reconocer en el país del Norte un papel similar al que tuvo Mitre en la figura del Secretario del Instituto Smithsonian Joseph Henry, quien editó el manuscrito de Squier y Davis *Ancient Monuments of the Mississippi Valley*: “Henry insisted upon throwing out some of the engravings Squier had prepared which were not ‘of an original character’, and he drew a tight line on the manuscript itself so that’s your labours should be given to the world as free as possible from everything of a speculative nature and that your positive addition to the sum of human knowledge should stand in bold relief unmingled with the labours of others” (Washburn en Willey y Sabloff 1993:40).
- <sup>7</sup> El cual presupone la culpa del que se opone a la civilización a la vez que lo incorpora al mismo ámbito moral de aquel que otorga el perdón y castiga en forma moderada (Lázzari 1996).
- <sup>8</sup> Que naufragara en paralelo con los fracasos políticos del autor y luego fuera diluida por el “discurso literario administrativo de la Argentina” (Viñas 2003:159).

- <sup>9</sup> Luego, la “crisis de legitimidad” evidenciada en 1890, “fusionada con o transferida hacia una crisis de identidad”, tendría como respuesta desde el campo intelectual dos propuestas diferentes: la positivista y la espiritualista (Terán 1994:37). Terán señala que el nacionalismo positivista dominó la escena entre 1880 y 1910, y que fue reemplazado luego por el nacionalismo espiritualista. El americanismo estuvo a contramano de estas tendencias de época, dado que se apartó del triunfalismo positivista en la primera etapa (Nastri 2004) y lo abrazó en la segunda (Nastri 2010b).
- <sup>10</sup> Esta síntesis entre ciencia pura y aplicada, entre investigación y difusión, atraviesa la obra del gran *factótum* del desarrollo científico argentino: Sarmiento (Montserrat 1993:24).
- <sup>11</sup> En 1872 y 1873 respectivamente.
- <sup>12</sup> A la par que se publicaba un fuerte alegato del médico Eduardo Holmberg, frecuente anfitrión de tertulias científicas del círculo porteño, en protesta por el estado de abandono en que se encontraba el Museo Público a cargo de Burmeister (Podgorny 2000:30).
- <sup>13</sup> Tras la Exposición Universal de Londres de 1851, se extendió la invitación a participar en dicho evento a los nacientes estados sudamericanos, los cuales comenzaron a enviar muestras de las materias primas explotadas en sus territorios. En la preparación de los materiales a enviar a la Exposición de París de 1855, la responsabilidad recayó en la dirección del Museo Nacional (Podgorny y Lopes 2008:53). El álbum de Liberani y Hernández sobre la Loma Rica de Shiquimil fue llevado al pabellón argentino de la Exposición de París de 1878.
- <sup>14</sup> A su regreso a Buenos Aires, Ameghino se asoció con Moreno para conspirar contra Burmeister y propuso al gobierno la creación de un Museo Nacional en la federalizada Buenos Aires. La jugada salió mal (Márquez Miranda 1952:532), y el viejo profesor alemán se benefició con la transformación de su museo en nacional. No obstante, pronto los jóvenes naturalistas lograron su objetivo con la creación de un nuevo museo en La Plata, adonde se trasladaron las colecciones de Moreno que formaban parte del anterior museo provincial.
- <sup>15</sup> Cabe agregar que en los primeros congresos la participación de representantes argentinos se había limitado a delegados diplomáticos, tal como fuera el caso de Vicente Quesada en el primer congreso celebrado en Nancy en 1875.
- <sup>16</sup> Entonces era también asiduo visitante de la biblioteca de Mitre, en la cual se dedicaba a copiar los textos de los cronistas y a aprender lenguas aborígenes (Márquez Miranda 1959:23); pues su principal interés fue la lingüística –prueba de ello es su *Tesoro de catamarqueñismos* publicado en 1897– pero no fue menos experto en folklore y arqueología, aparte de en historia de la conquista.
- <sup>18</sup> Luego, en relación con el problema del hombre terciario en las pampas, este aspecto tendría un alcance político notorio (Podgorny 1997; Bonomo 2002; Perazzi 2010).
- <sup>19</sup> La fuente de dicha reintroducción merece un estudio aparte. Las referencias explícitas a la oposición sarmientina, aunque de manera crítica, están presentes en la obra de Quiroga (1894:217-218).

## BIBLIOGRAFÍA

- Adams, W. Y.  
2003. *Las raíces filosóficas de la antropología*. Madrid, Trotta.
- Alberdi, J. B.  
1854. *Sistema económico y rentístico de la Confederación de Argentina*. Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio.  
1856. *Organización política y económica de la Confederación Argentina*. Besanzon, Imprenta José Jacquin.
- Altamirano, C.  
2004. Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la “ciencia social” en la Argentina. En F. Neiburg y M. Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*: 31-66. Buenos Aires, Paidós.
- Ambrosetti, J. B.  
[1893] 1963. *Los argentinos y su folklore. Viaje de un murrango y otros relatos folklóricos*. Buenos Aires, Centurión.

Ameghino, F.

1880. Inscripciones antecolombianas encontradas en la República Argentina. En *Congrés International de Americanistes. Compte Rendu de la Troisieme Session, Bruselas, 1879*, vol. 2 : 710-736. Leipzig, C. Muquardt.

1881. *La antigüedad del hombre en el Plata*, vol. 1. Buenos Aires, Masson.

Boas, F.

1993. Los métodos de la etnología. En J. Renold (comp.), *Antropología cultural*: 47-57. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Bonomo, M.

2002. El hombre fósil de Miramar. *Intersecciones en Antropología* 3: 69-85.

Burmeister, H.

1873. Sur les crânes, les moeurs et l'industrie des aciens indies de la Plata. *Actas del Congreso Internacional de Antropología y de Arqueología Prehistórica. Bruselas 1872*: 342-350, Bruselas.

1877. Über die alterthummer des thales Santa María. *Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft*: 352: 352-357.

Devoto, F.

2002. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Díaz Andreu, M.

1999. Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo mundo. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* Suplemento 3: 161-180.

Fernández, J.

1982. Historia de la arqueología argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 34-35: 1-100.

García Orza, R.

1980. El ensayo. Juan Bautista Alberdi. En AA.VV. (eds.), *Historia de la literatura argentina, Desde la colonia hasta el romanticismo* (1): 337-384. Buenos Aires, Centro Editor de America Latina.

González, A. R.

1993. A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología argentina. *Runa* 20: 91-110.

Gosden, C.

1999. *Anthropology and archaeology*. Londres, Routledge.

Groussac, P.

1882. Primera parte. Historia. 1400-1870. En P. Groussac, J. Terán, J. Frías, A. Bousquet e I. Liberani (eds.), *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*: 3-254. Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma.

Haber, A.

1999. Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu da Arqueologia e Etnologia*. Suplemento 3: 129-142.

Halperin Donghi, T.

1996. *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires, El cielo por asalto.

Harris, M.

1979. *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*. México, Siglo XXI.

- Hernández, J.  
1962. *El gaucho Martín Fierro*. Buenos Aires, Centurión.
- Hilthunen, J.  
1999. *Ancient Kings of Peru. The Reliability of the Chronicle of Fernando de Montesinos*. Helsinki, Suomen Historiallinen Seura.
- Kaulicke, P.  
2002-03. Visiones del pasado de Johan von Tschudi. *Bulletin* 66-67: 77-84.
- Kuper, A.  
1989. *Ortodoxia y tabú. Apuntes críticos sobre la teoría antropológica*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Lafone Quevedo, S.  
1888. *Londres y Catamarca. Cartas a "LA NACIÓN" 1883-84 y 85*. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- Latouche, S.  
1996. *The westernization of the world*. Oxford, Polity Press.
- Lázzari, A.  
1996. ¡Vivan los indios argentinos! Análisis de las estrategias discursivas de etnización/nacionalización de los ranqueles en situación de frontera. Disertación de Mestrado presentada al Programa de Pos Graduacao en Antropología Social. Museu Nacional, Universidade Federal do Río de Janeiro.
- Leguizamón, J. M.  
1876. Viaje al pucará. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 1: 266-272.
- Liberani, I. y R. Hernández  
1950. *Excursión Arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca 1877*. Tucumán, Universidad Nacional del Tucumán.
- López, V. F.  
1871. *Les races aryennes du Perou*. París, A. Franck.
- Mansilla, L. V.  
[1870] 1967. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Centro Editor de America Latina.
- Márquez Miranda, F.  
1951. *Ameghino. Una vida heroica*. Buenos Aires, Nova.  
1952. Francisco P. Moreno y las ciencias del hombre en la Argentina. *Ciencia e Investigación* 8: 531-543.  
1954. Estudio preliminar. En Bartolomé Mitre (ed.), *Arqueología Americana. Las ruinas de Tiahuanaco (recuerdos de viaje)*. *El pasado argentino*: 9-97. Buenos Aires, Hachette.  
1956. Las clasificaciones lingüísticas antes y después de la época de Mitre. *Ciencia e Investigación* 12: 70-73.  
1959. Noticias antropológicas extraídas del "Diario Íntimo", inédito, de D. Samuel A. Lafone-Quevedo. *Runa* 9:19-30.
- Mitre, B.  
1954. *Arqueología Americana. Las ruinas de Tiahuanaco (recuerdos de viaje)*. *El pasado argentino*. Buenos Aires, G. Weinberg (ed.), Hachette.
- Montserrat, M.  
1993. *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Centro Editor de America Latina.

Morazé, C.

1965. *El apogeo de la burguesía*. Barcelona, Labor.

Myers, J.

2004. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955. En F. Neiburg y M. Plotkin (eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*: 67-106. Buenos Aires, Paidós.

Nastri, J.

2004. Los primeros americanistas (1876-1900) y la construcción arqueológica del pasado de los Valles Calchaquíes (noroeste argentino). En A. Haber (ed.), *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*: 91-114. Bogotá, CESO-Uniandes.

2010a. La arqueología y el resurgimiento de las identidades indígenas en Argentina. Memoria, transmisión científica y reelaboraciones actuales. En L. Ferreyra Masucci (ed.), *Memória, patrimônio e tradição*: 135-164. Pelotas, EDUFPEL.

2010b. Una cuestión de estilo. Cronología cultural en la arqueología americanista de la primera mitad del siglo XX. En J. Nastri y L. Menezes Ferreira (eds.), *Historias de arqueología sudamericana*: 95-121. Buenos Aires, Fundación Azara.

Palerm, A.

1974. *Historia de la Etnología 1*. México, Alhambra Universidad.

1977. *Historia de la Etnología 5*. México, De la Casa Chata.

1982. *Historia de la Etnología 2*. México, Alhambra Universidad.

Perazzi, P.

2010. Muerte y transfiguración del sabio. La batalla por el legado de Florentino Ameghino. En J. Nastri y L. Menezes Ferreira (eds.), *Historias de arqueología sudamericana*: 123-136. Buenos Aires, Fundación Azara.

Podgorny, I.

1997. De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. *Entrepasados* 13: 37-62.

2000. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, estudiosos, museos y universidad en la creación del patrimonio paleontológico y arqueológico nacional (1875-1913)*. Buenos Aires, Eudeba.

2008. La prueba asesinada. El trabajo de campo y los métodos de registro en la arqueología de los inicios del siglo XX. En F. Gorbach y C. López Beltrán (eds.), *Saberes locales. Ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina*: 169-205. Zamora, El Colegio de Michoacán.

Podgorny, I. y M. M. Lopes

2008. *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, Limusa.

Politis, G. y J. A. Pérez Gollán

2004. Latin American Archaeology: from colonialism to globalization. En L. Meskell y R. Preucel (eds.), *A companion to Social Archaeology*: 353-373. Oxford, Blackwell.

Pontieri, S.

1980. Concepción de la historia nacional. V. F. López y B. Mitre. En AA.VV. (eds.), *Historia de la Literatura Argentina*: 457-480. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Pringles, J. P.

1876. Estudios antropológicos comenzados en Salta. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 1-2: 218-221.

- Quiroga, A.  
1894. Calchaquí y la epopeya de las cumbres. *Revista del Museo de La Plata* 5: 185-228.  
1992. *Calchaquí*. Buenos Aires, TEA.
- Rivero, M. y J. Von Tschudi  
1943. Los edificios de Tihuanaco. En G. Otero (sel.), *Tihuanaco*: 35-37. Buenos Aires, Emecé.
- Sarlo, B. y C. Altamirano  
1997. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a La Vanguardia*. Buenos Aires, Ariel.
- Sarmiento, D. F.  
1874. *Facundo. Civilización y barbarie en las pampas argentinas*. París, Hachette.  
1899. *Obras completas. Tomo XXII*. Buenos Aires, Belén Sarmiento.  
1948. *Obras completas. Volumen II artículos críticos y literarios 1842-1853*. Buenos Aires, Luz del Día.
- Scalabrini, P.  
1900. Demostración filológica de los conocimientos de los indios (Resumen). En Samuel Lafone Quevedo y Félix F. Outes, *Primera Reunión del Congreso Científico Latino Americano*, vol. V: 13-16. Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
- Svampa, M.  
1994. *El dilema argentino: civilización o barbarie*. Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Terán, O.  
1994. Nacionalismos argentinos (1810-1930). *Revista de Ciencias Sociales* 1: 31-40.  
2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T.  
1987 *La conquista de América*. México, Siglo XXI.
- Vignati, M.  
1958. Nuevos capítulos folklóricos de Adán Quiroga. *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 87: 71-159.
- Viñas, D.  
2003. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- Von Tschudi, J. y V. F. López  
1878. *Deux lettres propos d'archeologie peruvienne*. Buenos Aires, Charles Casavalle.
- Willey, G. y J. Sabloff  
1993. *A history of American archaeology*. San Francisco, Freeman.
- Zanetti, S. y M. Pontieri  
1980. El ensayo. Domingo F. Sarmiento. En AA.VV. (eds.), *Historia de la literatura argentina*, (2): 361-384. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.